

# LAS DOCTRINAS PSICOANALITICAS

POR EL DOCTOR

FERNANDO DE ALLENDE NAVARRO

Al genio de las tinieblas y de las profundidades, Segismundo Freud, en su octogésimo aniversario.

EN los comienzos del siglo presente, un médico de Viena, Segismundo FREUD, descubría un método original, llamado por sus alcances a provocar una verdadera revolución en nuestros conocimientos de psicología y de psicopatología y que, además, se enorgullecía de sanar radicalmente la histeria y las neurosis en general, afecciones que hasta entonces habían desafiado y burlado todos nuestros esfuerzos y procedimientos terapéuticos. Con este método especial, pretendía su fundador penetrar en los arcanos del inconsciente y descubrir en aquel mundo inexplorado y primitivo las pulsiones instintivas, los choques morales y emotivos, las representaciones, ideas o sentimientos que, por una u otra causa, habían sido repelidos de la conciencia y que desde allí continuaban actuando, activa y enérgicamente, para producir la misteriosa sintomatología de los estados neuróticos y aun psicóticos.

Y luego FREUD, en una genial inspiración, afirmaba que una de las formas de expresión del psiquismo inconsciente, se hallaba constituida por los lapsus, los sueños diurnos y nocturnos, los delirios y otras manifestaciones espontáneas y que todas ellas encerraban esta particularidad, que sometidas a una técnica, a un método de exploración analítico, eran susceptibles de ser traducidas en lenguaje inteligible.

Fué aquel un descubrimiento sensacional. El genio revolucionario de FREUD lo demolía todo y por ende conoció el así llamado período heroico del psicoanálisis, con otras palabras, los infinitos sinsabores que brinda la fraternal humanidad a aque-

llos que en el frágil y movedizo terreno científico no aceptan seguir la senda rutinaria de una oveja de Panurgo. Pese a quien pese la psicopatología, que había llegado a un punto muerto, hubo de reorientar sus rumbos y ser sometida a una revisión. Con FREUD, al igual que con VON MONAKOW, el instinto se reintegra a la psicología; el punto de vista funcional y el dinamismo pasan a ocupar un puesto de avanzada; la dirección causal y sobre todo la orientación genética, enseñanza fecunda de la Escuela de Zürich, juegan también en la psicopatología freudeana un rol preponderante. Por último, el punto de vista evolutivo, que constituye el eje central de la investigación de nuestros días, domina todas las nociones de las doctrinas psicoanalíticas.

Pero no es esto todo. El freudismo, al insistir en los primeros choques o traumatismos y especialmente en las experiencias primeras de la infancia, es decir, en la influencia del ambiente sobre el individuo, introducía una gran noción en psiquiatría que, si bien no niega ni el factor predisposición ni la herencia, disminuye, sin embargo, en mucho el mal ponderado concepto de degeneración ancestral. Que la acción de ambos factores — herencia y ambiente — se sumen para producir una neurosis, se admite sin dificultad; no así una hipótesis unilateral, basada sólo en la constitución o en el ambiente. De todas maneras, se hace difícilmente asequible al espíritu la noción de la sólo herencia en la etiología de las neurosis, que aún está de moda atribuir en muchas cátedras universitarias. Lógicamente puede comprenderse, que no existen sino muy débiles puntos de enlace entre una neurosis rica en detalles y de contenido exuberante, por una parte, y el atavismo, por la otra. Insisto, al pasar, en esta cuestión, que es de especial importancia para lo que se ha designado tan vulgarmente con el nombre de higiene mental, en circunstancias que deberían estas adquisiciones ser comprendidas y agrupadas bajo la rúbrica de una educación racional y psicológica de los padres y de la infancia.

### LO INCONSCIENTE

Esclarezcamos algunos de los postulados mencionados y hablemos ante todo de lo inconsciente.

La psicología clásica, como es sabido, reduce la vida del espíritu sólo a los fenómenos acompañados de conciencia y que, como tales, se relacionan con el yo pensante. Sin duda, en ella, en la conciencia, repercute y resuena toda la vida del alma; con ella, aparentemente por lo menos, se siente y se piensa; en ella vibran con un timbre especial lo bello y lo verdadero, el

arte y el saber; con ella anhelamos, queremos, deseamos y podemos. Todo esto, no es, sin embargo, mas que un aspecto, mas que una ficción, muchas veces engañosa, de la vida psicológica totalitaria. Hoy en día nadie niega que fué un gran error el haber identificado la actividad consciente con la actividad psíquica y el haberla restringido a "combinaciones de elementos representativos, a imágenes de contornos definidos o a leyes psicológicas inmutables".

Es un hecho, que la vida mental desborda en mucho los cauces del suceder consciente y, si quisiéramos definir en qué consiste el punto de vista psicológico contemporáneo en relación con el del pasado siglo, diríamos que en el estudio de las posibilidades psíquicas situadas más allá de la irradiación consciente, es decir, de la actividad anímica que se despliega a la sombra de nuestra razón y de nuestra inteligencia.

Esa actividad, esas manifestaciones subterráneas de nuestra psiquis, consideradas hasta ayer como incognoscibles, como imponderables, sin valor, esas profundidades que antes de FREUD fueron zonas incógnitas, hospedan el inconsciente iluminado por el trabajo psicoanalítico de nuestros días.

El genio de FREUD no descubrió la noción de lo inconsciente. Antes que el sabio vienés ensanchara el campo de la vida psíquica existía un inconsciente del cual se sospechaba algo y se ignoraba casi todo. Así la psicología romántica, en los albores del siglo XIX, veía con suma justeza el elemento irracional o inconsciente en la mayor parte de las creaciones espirituales de los pueblos: en los mitos, en la poesía, en el folklore, en el arte, en la religión, etc. Pero este inconsciente era una selva salvaje, como se le ha designado, en donde encontraba refugio fácil y seguro el vuelo de la fantasía. En otros términos, era una creación literaria, no un objeto de la ciencia.

Pero hubo un hombre, un sabio entre los sabios, que casi supo del inconsciente por intuición lo que hoy sabemos por experiencia. Ese hombre fué PLATÓN, el sublime aristócrata del espíritu, el inmortal rector del pensamiento. PLATÓN distinguía en la pluralidad psíquica un *principio pensante* y un *alma inferior y sólo instintiva*, de la cual decía: "No está en su naturaleza conocer jamás su razón; si lograra experimentar alguna sensación, no se inquietaría por conocer sus causas; día y noche se deja seducir por la imaginación y los fantasmas". Esta alma inferior e instintiva se asemeja al inconsciente del psiquiatra de Viena.

La era de observación netamente científica de lo inconsciente se inaugura hacia 1815 o 1833, más o menos, con las célebres experiencias del péndulo de CHEVREUL, que en 1884 fueron

sometidas a una serie de verificaciones experimentales de parte de los fisiólogos GLEY, RICHEL y de VARIGNY en Francia. PREYER en Alemania y BEARD en Estados Unidos. Todas ellas demuestran que los fenómenos del péndulo, la varilla mágica, el cumberlandismo, la lectura del pensamiento o la escritura automática, etc. deben su génesis a los movimientos inconscientes e involuntarios que determina una idea, cuando un sujeto, y un sujeto especial, se encuentra en la espera o en la atención expectante de la realización de esta idea. Cuando, como dice GLEY, la atención se halla acaparada por la *idea o su transformación en acto*, los músculos de la vida de relación escapan al imperio de la voluntad, su funcionalismo se sustrae a la acción de la conciencia, atenuándose o desapareciendo su control sobre los actos. En esta situación, los movimientos necesarios a la ejecución de la idea fija, a la realización de los actos esperados, se lleva a cabo libremente. En otras palabras, sin que el sujeto lo quiera o lo desee y se aperciba de ello, el pensamiento se desliza en los dedos y se mueve el péndulo, la varilla o la pluma, por medio de una acción muscular involuntaria e inconsciente.

Pero fueron las constataciones médicas del automatismo y el desdoblamiento de la personalidad en la histeria y, sobre todo, los fenómenos de sugestión hipnótica, los que establecieron en forma categórica e irrefutable que un sujeto puede realizar una serie complejísima de actos según un programa determinado, en la ausencia más completa de todo fenómeno consciente. A estas experiencias se encuentran ligados los nombres célebres de LIEBAULT, de BERNHEIM, de FOREL, de LIEGOIS, de HARDENHAIN, etc. Con ellos el inconsciente deja de ser un supuesto teórico, objeto de especulaciones metafísicas, y pasa a incorporarse a la disciplina neuropsiquiátrica, como organización tangible y entra de lleno al dominio de la experiencia y de la observación.

Decía que durante la sugestión hipnótica, y más aún post-hipnótica, un sujeto es capaz de reproducir actos complicadísimos en la absoluta independencia de su yo pensante. Esclareceré estos hechos por medio de un ejemplo que juzgo de interés.

Hace algunos años asistí a la hija de un colega que se encontraba reclusa desde hacía meses en la Preciosa Sangre. La enferma presentaba violentas crisis de agitación en las que se exteriorizaban escenas de espanto y de terror indecibles. Durante los ataques articulaba monosílabos sin sentido; pero otras veces invocaba su perdón y ayuda a la Virgen, adoptaba actitudes extáticas para caer, momentos después, en un estado de sopor y de agotamiento profundos. Aunque por ciertas demostraciones, gestos y miradas penetrantes que dirigía a los rincones del

cuarto que le servía de hospedaje, daba la impresión de que padecía de alucinaciones visuales o auditivas, en realidad, jamás pude adquirir de ello certeza absoluta. Ante la más profunda extrañeza de su familia, pedí que la enferma fuera retirada del establecimiento y llevada a mi consultorio, para tratarla por medio de la hipnosis, procedimiento que dada su excesiva sugestibilidad, pude realizar con todo éxito. En el curso de las sesiones sugerí a la paciente que reprodujera sus crisis por espacio de 15 días consecutivos y sólo en mi gabinete y que, durante las sesiones, que durarían de media a una hora, relatará sucesivamente los hechos que sobre su espíritu hubieran ejercido el efecto de un trauma o choque y que luego de terminadas y vuelta a su estado de vigilia recordara y nos comunicara todo lo sucedido en el transcurso de ellas. Y así nos impusimos, entre otros acontecimientos, que durante sus crisis clamaba perdón a la Virgen para liberarse de la posesión satánica con la cual se la había atemorizado en sus primeros años por la falta o la desobediencia más insignificante. El espectro del demonio había sido la pesadilla de su niñez y recurría a miles de artificios para evitar que las amenazas se cumplieran. Luego atravesaron su espíritu infinitas reminiscencias relacionadas con los castigos de que había sido víctima de parte de sus padres primero, de las maestras de escuela más tarde, algunos de los cuales juzgaba profundamente injustos. Otro grupo de recuerdos se enlazaba con las huellas dejadas en su mente por el choque experimentado en el cinematógrafo, al presenciar algunas escenas terroríficas relacionadas con asaltos, crímenes y otros actos sangrientos. La causa que había desencadenado toda la sintomatología fué un intenso choque afectivo motivado por una querrela extremadamente violenta que tuvo con su madre y que ésta habría terminado esperando "que el diablo cargara con ella".

Al décimoquinto día, la enferma, que había permanecido tranquila en su hogar, expresó que nada más tenía que referir y que se encontraba ya restablecida de su desequilibrio nervioso. Hará cuestión de dos años la paciente me visitó otra vez, pero para comunicarme su próximo enlace.

Cuando interrogábamos a la enferma sobre los motivos que la habían inducido a rememorar hechos y sucesos, algunos de los cuales se perdían en la infancia remota, contestaba que sentía la obligación de desahogarse de aquellas impresiones torturantes. Pero para nosotros lo que presenta además un interés palpitante es que después de cada sesión, nuestra enferma recordaba sólo uno o dos hechos de su vida pasada, es decir, los reproducidos en el curso de aquélla, referidos los cuales alegaba

haber agotado su repertorio y no saber nada más, ignorando conscientemente los que al día siguiente y durante el sueño hipnótico relataba con copiosísimos detalles. Al cabo de dos semanas se declaró restablecida y tampoco supo explicar el deseo casi impulsivo que la obligó a exteriorizarse en esa forma y a insistir con energía, que ningún otro incidente de importancia podría agregarse a su voluminoso historial clínico.

Debemos, por consiguiente, admitir como resultado de esta observación, en la cual pusimos en práctica la primitiva técnica de BREUER y FREUD, o sea el método catártico, la existencia de una región especial, de donde dimana un cúmulo de representaciones, dotadas de intensas cargas afectivas, que rigen la actividad, que tienen, hasta cierto punto, el gobierno de la motilidad y que, por otra parte, viven y prosperan a la sombra de la conciencia.

En otros términos, la representación sugerida durante la hipnosis, imprimía una determinada dirección al intelecto de la paciente, sin la participación de su yo. Mi enferma realizaba los contextos sugeridos a la hora, en el sitio, en la forma y en la situación indicados; relataba los acontecimientos de su infancia con prolijidad de detalles, sucesiva, sistemática y cronológicamente, acompañados de reacciones afectivas adecuadas y que se habían desencadenado simultánea y concomitantemente con los episodios vividos. El yo actuaba, puede decirse, como un espectador que escucha una relación biográfica tan inédita para él como para el oyente. De manera que las representaciones sugeridas perduraban en forma latente e inconsciente en el espíritu de la enferma, hasta el momento prefijado en que emergían a su conciencia.

Y como antes lo afirmábamos, fueron las experiencias sobre la sugestión hipnótica la cuna del psicoanálisis. FREUD, al iniciarse en los estudios neurológicos, fué discípulo de CHARCOT, cuyas enseñanzas ejercieron en su espíritu una influencia decisiva. En aquel entonces, CHARCOT rompiendo con las barreras del materialismo y del organicismo, profesaba que la etiología de la histeria era principalmente psíquica, y que probablemente evolucionaba sin participación tisular. El inmortal neurólogo de la Salpêtrière había observado que tras un traumatismo se producían ciertas parálisis o zonas de insensibilidad, cuya esencia era netamente histérica. Mediante la hipnosis logró tanto provocar artificialmente parálisis en todo similares a las originadas por medio de la autosugestión de un trauma como suprimirlas.

La estructura de los ataques histéricos se atribuyó en consecuencia a causas traumáticas, idea que se generalizó rápi-

damente y que encontró un apoyo fundamental en los primeros estudios de BREUER y FREUD. Estas conclusiones iniciales, que luego fueron abandonadas por el propio FREUD, llevan pues el sello de las lecciones de la Salpêtrière en lo que se refiere a la etiología traumática. Desgraciadamente, esta teoría de la influencia traumática es base de los ataques a FREUD en circunstancias que la escuela psicoanalítica sólo la recuerda como uno de los eslabones históricos de su gestación.

La medicina mental bajo el impulso del genio claro y fecundo de CHARCOT, unido a los descubrimientos de la Escuela de Nancy, habíase abierto una brecha gigantesca hacia la comprensión de los síntomas histéricos. Gracias a los descubrimientos del primero, se supo que las manifestaciones pitiáticas eran de naturaleza psicógena, que eran emanaciones patológicas del alma; gracias a los trabajos de la segunda supimos que el síntoma histérico podía ser provocado por sugestión y reproducido con idéntica exactitud. Pero lo que se ignoraba en absoluto era la génesis, partiendo de la psiquis, y sus relaciones de causa a efecto.

Y esta fué la obra del genio de FREUD. Si como hemos dicho FREUD no descubrió el inconsciente, bien puede afirmarse que lo redescubrió. A él se debe una técnica que permite explorarlo y descender hasta donde las raíces del espíritu se pierden en el soma. A FREUD se debe una concepción concreta de lo inconsciente, que no es lo no consciente de MÜNSTERBERG o de las teorías médicas corrientes, ni la concepción filosófica de HARTMANN, ni la noción un tanto mística de JUNG. El inconsciente de FREUD es como una región autónoma, rica de un pasado que se pierde en las brumas de los orígenes primeros; es decir, que representa el vínculo poderoso que nos une al psicoide primitivo y ancestral, donde se agitan, ayer como hoy, las prototendencias y pulsiones primitivas y hereditarias. En el inconsciente se plasma la esencia del hombre primitivo: es aquella masa informe en donde todo tiende hacia la realización del placer y la negación de la realidad; en donde el odio se apareja con el amor, en donde el bien se enlaza con el mal, en donde lo temporal se confunde con lo espacial, en donde no existe ni la contradicción, ni lo útil ni lo inútil, ni el dolor, ni el remordimiento, ni lo moral ni lo inmoral.

La complejidad inaudita de los procesos que se desenvuelven en el inconsciente justifican las subdivisiones propuestas por algunos autores en inconsciente biológico o psicofisiológico, en inconsciente personal e inconsciente colectivo de JUNG.

Si estas tentativas nos parecen, como decíamos, justificadas, ellas representan en suma clasificaciones más o menos arbi-

trarias y que no son sino el pálido reflejo de un inconmensurable, de un infinito, que se escapará siempre a nuestra percepción. ¡El inconsciente será eso y mucho más!

Son del patrimonio del inconsciente biológico o psicofisiológico los procesos hereditarios, la mitosis celular; la maravillosa formación de nuestro organismo o sea el instinto formativo de VON MONAKOW y MOURGUE. Un número incalculable de fenómenos fisiológicos llegan débilmente al umbral de la conciencia; una cantidad no despreciable de procesos vitales vivirán siempre ignorados de nuestro yo.

Al inconsciente personal pertenece la biografía de la personalidad; todo aquello que lleva su sello, su etiqueta particular y le sirve de distintivo de las demás. El inconsciente personal se confunde con la psicología individual. Lo consciente que ha sido rechazado y reprimido; los recuerdos, las ambiciones, los deseos, las fuerzas creadoras; todo aquello que impulsa al individuo a la acción, que dirige sus actividades y sus inclinaciones, por lo general ignorando las razones primeras y profundas, descansa en motivos y energías que se domicilian en las capas del inconsciente personal.

En cambio, el contenido del inconsciente colectivo no se encuentra estructurado por la experiencia personal del individuo. No regula, como dice JUNG, la actitud personal, pero sí sus reacciones de ser humano. Se hospedan en sus capas las más antiguas formaciones ancestrales, los arquetipos o imágenes primitivas, como aquellas que se relacionan con las fuerzas naturales y las ideas religiosas. Sus reacciones son por lo tanto siempre las mismas, sea cual sea el sol que las alumbre o el mar que las bañe. En aquellas capas ignotas y profundas viven resguardadas e inmutables, a través de miles de años, la herencia ancestral y la experiencia milenaria. Los arquetipos corresponden, según JUNG, a la imagen de autorepresentación del instinto: tienen su mismo carácter e idénticas leyes los rigen. El contenido de estas figuraciones ancestrales está compuesto por representaciones mitológicas de los primitivos, es decir, por concepciones típicas, erróneas y espontáneas de situación y de reacción psíquica accesible sólo a la imaginación y que en la conciencia del hombre moderno se exteriorizan bajo las formas de fantasías o de símbolos.

Añadiremos que todas las nociones que se desprenden de los trabajos de JUNG y de otros autores, como ADLER, por ejemplo, se encuentran contenidas en germen en las investigaciones e hipótesis de FREUD y que sólo las distinguen la amplitud, el desarrollo y la interpretación, que toman aisladamente. El punto de partida es indiscutiblemente de creación freudeana.

El Maestro de Viena no niega que el inconsciente pueda subdividirse, como lo hace JUNG, en personal y colectivo; sólo piensa, y con justísima razón, que este último no desempeña papel alguno en el mecanismo de las neurosis. Es un dato ilustrativo que se presta a las más interesantes especulaciones, pero que en su mayor parte revisten un carácter un tanto místico y nada más.

La exposición que antecede ha tenido por objeto demostrar la existencia de un inconsciente científicamente comprobado, porque esta noción como otras que expondremos en el curso de este trabajo, han sido los puntos nodales de luchas y animosidades apasionadas de las cuales difícilmente se encontrará otro ejemplo en la historia de un descubrimiento.

Entraremos ahora de lleno en el estudio de la psicopatología freudeana.

Partiendo del método inductivo, del método analítico de exploración y de la observación de los procesos psíquicos normales y patológicos, FREUD postula la premisa fundamental del psicoanálisis: la división de los procesos mentales en conscientes e inconscientes.

El inconsciente propiamente tal es la piedra angular, sobre la cual descansa la imponente unidad freudeana. Negado el inconsciente, la represión o el dinamismo, nociones que en breve retendrán nuestra atención, de las teorías psicoanalíticas no quedarían ni escombros por remover. Es por eso, que he insistido sobre el concepto de lo inconsciente en función de la experiencia y de la observación científicamente comprendidas. Pero no sólo por eso. Hasta hoy los adversarios de las doctrinas analíticas sostienen de buena o de mala fe, que el freudismo es sobre todo un sistema filosófico, en circunstancias que su hipótesis de trabajo, la que lo distingue de todas las doctrinas contemporáneas, *es una técnica de exploración de lo inconsciente que de día en día tiende a su perfeccionamiento.*

Aún más. Digo "científicamente" porque, partiendo de los resultados conseguidos por medio de la sugestión posthipnótica, FREUD edificó la teoría de su inconsciente, prolongando los datos así adquiridos, sin alejarse ni un instante del más severo y penetrante examen objetivo de los hechos que se sometían a su observación. Abandonando el hipnotismo como medio de exploración, FREUD recurrió a una técnica especial, la de las asociaciones libres de ideas, que hizo asequible a la investigación la existencia de un mundo de procesos mentales que ningún otro procedimiento había conseguido valorar. Y de esta manera impuso FREUD a la ciencia la noción de un inconsciente, de una formidable organización psíquica, que semejante a una

inmensa pirámide sumerge su base en un pasado milenario, en donde viven invariables las experiencias, la historia de la vida evolutiva e instintiva de la existencia ancestral. Luego, en otras capas menos profundas, se localizan sucesivamente los valores, las experiencias, las teorías, las fantasías, los recuerdos, las vicisitudes de la vida emotiva y afectiva de la infancia, de la adolescencia y de la juventud, hasta confundirse la majestuosa construcción lenta e insensiblemente, como las tinieblas de la noche se confunden con la aurora, en las luminosas radiaciones de la conciencia. La cúspide de esa pirámide, que desde hace siglos a esta parte, al igual que las moles de Giseh, desafía el espacio y el tiempo, lo eterno y lo infinito y todos los efímeros y transitorios sistemas humanos, es el yo pensante.

La vida psicológica descubierta por FREUD es sencillamente inconmensurable. Que se haga, decía mi Maestro VON MONAKOW, que siempre aceptó la noción de un inconsciente biológico, en el sentido estricto de la palabra, que se haga, repito, el balance inmediato de los conocimientos que en un momento dado exhibe la conciencia, en relación con los que viven exilados de ella. Sólo entonces podremos penetrarnos de la débil densidad del acontecer consciente y de las magnitudes del abismo inconsciente. Sólo entonces se comprenderán, agreguemos, la inmensidad que se hospeda en aquellas sombrías catacumbas del espíritu, que han servido de cuna a una teoría que explica fehacientemente fenómenos que, como dice DALBIEZ, refiriéndose a los sueños, fueron contemporáneos con la humanidad, incomprensibles desde entonces y por fin esclarecidos.

Decíamos anteriormente que el hipnotismo y especialmente la sugestión posthipnótica, establecen de una manera irrefutable la existencia de procesos que actúan latente e inconscientemente y, que luego, y esta es otra de sus características salientes, aquellos procesos o representaciones pueden transformarse en actos. Por ende, si la idea sugerida por el médico es inconsciente y queda enclavada en esa región, los actos realizados por el sujeto disfrutan de las prerrogativas del yo. En otros términos, la enferma de que he hablado y he citado como ejemplo, tenía la clara conciencia de la actividad que desplegaba, pero permanecía en la absoluta ignorancia de su causalidad.

Y la neuropatología está sembrada de hechos de esta naturaleza. El enfermo que no puede entrar en contacto con ciertas materias u objetos, que teme el polvo, los billetes y que usa de una serie de artificios para aislar sus manos de todo lo que puede significar un contagio; el que evita transitar por las calles en algunas de cuyas moradas vivió un canceroso; el que deja de leer un periódico por el temor angustioso de que se hable de los

leprosos de la isla de Pascua, o de Napoleón o de Enriqueta de Inglaterra, que según la historia perecieron víctimas de una neoformación; el que no viaja en tren o en tranvía para impedir que debido a ciertos movimientos automáticos que ejecutan sus mandíbulas, la cavidad bucal de los pasajeros que enfrenta se convierta en una vertiente inagotable de líquido; el que no frecuenta los teatros por temor que con su carraspera contraigan los espectadores una epidemia de tos convulsiva; el escrupuloso que no da tregua ni descanso al cura de su parroquia, para que se le absuelvan los millones de pensamientos consentidos, cada uno de los cuales encierra su condenación irremediable; el vómito de las histéricas; los terrores de los agorafóbicos, etc., constituyen ejemplos típicos de actos o ideas eficaces, que no obedecen a causalidad aparente alguna, que se encuentran desconectados de la representación que los originó y que por lo tanto radica en lo inconsciente, inaccesible a una evocación voluntaria. La similitud de los procesos que describimos con los desarrollados en el curso de la sugestión poshipnótica es, por consiguiente, clara y manifiesta.

Nuevos problemas surgen en nuestro espíritu, que merecen un examen detenido y preciso. Consiste el primero en saber, admitido nuestro postulado de la existencia de representaciones inconscientes, cuya complicada derivación y descarga sería el origen de los síntomas neuróticos, el motivo de su destierro y de su alejamiento de la unidad del yo. Segundo, conocer las fuerzas, energías o procesos, que actúan sobre la representación, que le impiden fraguarse un acceso a la conciencia y la obligan a perdurar en lo inconsciente.

Estas interrogantes nos enfrentan con otras concepciones que, unidas al inconsciente, estructuran y sirven de pedestal a la gran disciplina. La incógnita que nos hemos propuesto resolver, se soluciona mediante la intervención de dos mecanismos puestos a luz por FREUD: la represión y el dinamismo mental, ambos de trascendental importancia en neuropsiquiatría.

## LA REPRESION

La represión es la instancia que ejerce una acción coercitiva y que desaloja del espíritu todas aquellas tendencias o pulsiones, que por causas múltiples son incompatibles con la vida actual del alma. Esta definición presupone la actuación de otro elemento. En efecto, en diferentes niveles del aparato psíquico, en las fronteras del inconsciente y del preconscious, y de éste con la conciencia, existe, en realidad, un conjunto de elementos

para el cual FREUD ha reservado el nombre de censura. Según FREUD, la censura es el conjunto de ideas, de sentimientos y de recuerdos que, sobre otro grupo de ideas, ejercen una acción inhibitoria. La censura es, sin duda, uno de los mecanismos más generales del espíritu y, con JONES y DE SAUSSURE, estamos de acuerdo para extender su actividad a toda la superficie y niveles del psiquismo tanto consciente como inconsciente. Pero es indudable que la acción de la censura se hace infinitamente mayor, a medida que se aleja de la corteza y entra en relación con las tendencias ancestrales del inconsciente.

La represión es, como lo decía el viejo RIBOT, uno de los rasgos más geniales de las doctrinas psicoanalíticas. Sus relaciones con la memoria y el olvido son evidentes. Un recuerdo vive en nuestra mente, aparece o desaparece, según la tonalidad afectiva que lo integra. De hecho el yo se nutre en lo posible de impresiones agradables, o por lo menos el aparato psíquico así está dispuesto o normalmente regulado. Las impresiones penosas, los recuerdos o las vivencias desagradables, sobre todo las ligadas a la primera infancia, son desterradas del campo de la conciencia y un olvido más o menos profundo las envuelve. ¿Dónde debe buscarse la causa del vacío relativamente consciente que se produce tras un paso en falso, un accidente doloroso para nuestro orgullo, nuestro honor, nuestra situación, que tan corrientemente se encuentra en el historial clínico de las neurosis y de la histeria en particular? ¿En la memoria o en el olvido? Si mal no recuerdo, el perspicaz psicólogo DUGAS pensaba que había que entenderse con el olvido y no con la memoria, en lo cual opinaba correctísimamente.

FREUD esclarece los hechos y decide la cuestión. El olvido ligado a una experiencia desagradable es un proceso dinámico, activo, y no fenómeno pasivo, como lo aceptan un sinnúmero de psiquiatras de la vieja escuela. La penosa vivencia que se ve obligada a huir de la conciencia es activamente repelida mediante la represión y mantenida en acecho gracias a la censura que le obstruye el paso al yo. Sólo durante el sueño, en las crisis de sonambulismo, en los ataques histéricos o en los fenómenos de automatismo ambulatorio o fugas, puede la optación reprimida evadir su vigilancia, pero aun en estas circunstancias el control de la censura no cesa totalmente de operar. Su acción es sin duda más débil y atenuada. Y es debido a esta vigilancia que la vivencia rechazada se exterioriza con un disfraz particular, con un revestimiento simbólico. Más adelante volveré a insistir sobre estos hechos.

De esta manera logramos la adquisición de dos datos fundamentales: *el contenido del inconsciente es el fruto resultante*

*de la represión, por una parte, y, por la otra, lo que caracteriza el inconsciente reprimido es la imposibilidad de la evocación voluntaria de sus elementos.*

Decíamos que la esencia de la represión es el destierro de la conciencia de procesos determinados. De este postulado se desprende implícitamente que la represión sólo es realizable cuando la organización anímica se encuentra subdividida en sus dos componentes principales: lo consciente y lo inconsciente. Esta separación se logra en las primeras etapas evolutivas de la infancia, según JONES, desde el primer año. Las tendencias primitivas y ancestrales que trae el niño al nacer contrarían la vida civilizada y la moral y ponen de esta manera en acción los mecanismos inhibidores y de defensa. Pero digamos que, a nuestro entender, si las tendencias del hombre primitivo son una cláusula hereditaria y obligada del pasado, también lo son las fuerzas opositoras, es decir, *la moral*.

La moral es un elemento en gran parte inscrito en nuestro psiquismo como una función dada y no el producto de una adquisición individual que se renovarí­a en cada generación. Sin duda, la religión y la educación colaboran con los procesos transmitidos por la herencia, los refuerzan y los consolidan, si se quiere, pero de ninguna manera crean una función de la cual puede decirse que nació con la humanidad. Es este pensamiento el que anima las ideas de VON MONAKOW y MOURGUE cuando admiten la existencia de un instinto religioso, forma última y profundamente evolucionada de la vida instintiva, que desempeñaría un rol primordial de síntesis y de equilibrio ético dentro de esa esfera. El instinto religioso de VON MONAKOW y MOURGUE podría interpretarse como una función moral heredada, hondamente arraigada en las entrañas de nuestra alma, general a toda la especie humana, que ignora un pueblo irreligioso.

La evolución de la humanidad nos enseña que en el origen de todas las sociedades, se manifiesta el sentimiento y la idea de lo divino. En la infancia de los pueblos, los motivos humanos poblaron la naturaleza con almas humanas. Fué el período del animismo. Luego las almas se trasformaron en dioses y en aquellas brumas y tinieblas de los tiempos primeros surgieron las divinidades que encarnaban el espíritu del bien y del mal, la creación y la destrucción, la vida o la muerte. Entre los antiguos egipcios, Horus y Typhon poseían atributos y virtudes benéficas y maléficas, lo mismo la flor abierta y la flor marchita. La leyenda de Baldur y Loki de los viejos germanos, los combates de Ariman y Ormuz de los persas, son el reflejo de un sueño secular de la humanidad, que en una forma simbólica arroja en

lo infinito las dos fuerzas potentes y antagónicas que rigen, ayer como hoy, la vida y el destino del hombre: el bien y el mal.

El hombre en su peregrinación a través de la eternidad de los siglos, no ha podido heredar sólo el mal y la perversidad. Dentro de una obra consumadamente perfecta sería una imperfección. El atavismo es, sin duda, una ley inmutable; pero no es una transmisión electiva. En este caso la vida se iniciaría en un desequilibrio, en un conflicto, lo que equivaldría a una injusticia soberana, que los hechos no corroboran. Junto con las prototendencias primitivas, que como un viejo y pesado sedimento, cargado de historia y de inmortalidad, aporta el niño al mundo, vehicula también otro preciado patrimonio espiritual y hereditario: elementos correctivos y reaccionales, es decir, las tendencias del bien, que fueron la primera inquietud, el primer esfuerzo de represión, el primer substrato moral del hombre prehistórico.

En el proceso de la represión pueden distinguirse dos fases importantes: una *primitiva* y otra *represiva propiamente tal*.

Cuando la represión se efectúa sobre la representación psíquica de un instinto, negándosele de esta manera su libre acceso al yo, determinando por consiguiente su fijación, hablaremos de *represión primitiva*. Mediante ella, tanto la representación psíquica como el instinto que la integra, perduran, como dice FREUD, inmutables en lo inconsciente.

La *represión propiamente dicha* se relaciona con los derivados psíquicos, con la tupida urdimbre de ideas o de series de ideas, que se encuentran enlazadas asociativamente con la representación reprimida. Esta represión es, por consiguiente, *secundaria*.

Lo *primitivamente reprimido* posee diversas características de importancia. No es sólo el yo el que destituye de su esfera ciertas ideas o imágenes relacionadas con las representaciones; lo primitivamente reprimido secunda y colabora con el yo, pues, atrae hacia él todo aquello que se enlaza con su contenido. Por otra parte, la representación reprimida, alejada de la conciencia en aquel rincón oscuro del cerebro, no permanece inerte o inactiva, muy al contrario: revive y florece lujuriosamente; desarrolla y multiplica al infinito sus formas de expresión, proceso que culmina en casi todas las neurosis.

Es que el instinto reprimido, al cual se niega su satisfacción, movible por excelencia, presionando siempre hacia el yo, posee una energía formidable y busca en las fantasías, en los ensueños y en las infinitas creaciones del espíritu, el quebrantamiento de las férreas disposiciones de la conciencia.

De esta manera, gracias a deformaciones sucesivas, de mati-

ces, coloridos, contenidos variadísimos, mediante la interferencia y el entrecruzamiento de los términos más dispares y ramificados, lo primitivamente reprimido se desliza hábilmente en las regiones y dominios de la conciencia y de la realidad. Y así, la distancia y el abismo que existía entre la represión inicial y remota y el yo, se nivela, se restablece y se unifica debido al paso sucesivo, a lo largo de miles de substituciones indirectas, ingeniosas y alambicadas, que sirven de intermedios de reconciliación entre las dos imponentes y opuestas magnitudes psíquicas: entre el inconsciente imperativo y el consciente reflexivo.

Junto con la idea o la representación psíquica del instinto, sucumbe simultáneamente a la represión su montante de afecto, o sea, la energía del instinto que va ligada a ella. Este factor cuantitativo reprimido puede ser transmutado en afectos que se exteriorizan muy diversamente o bien en angustia. El fracaso de la represión, en su elemento afectivo, conduce a la producción de múltiples sensaciones de tonalidad desagradable o bien al estallido de la ansiedad; de donde se deduce que la represión del montante de afecto es infinitamente más importante que el de la represión ideológica.

El concepto de represión es fecundo en enseñanzas de todo orden. Sus proyecciones son inmensas, para comprenderlas basta sólo un instante de meditación. El contenido de lo inconsciente, afirmábamos, se compone de representaciones reprimidas, ligadas a un potencial de energía, a un montante de afecto. Lógicamente se desprende que lo que se destierra en los sótanos de nuestra alma, tiende a su liberación; que a las optaciones que se encuentran allí censuradas las anime una vida activísima; que las tendencias que la conciencia expulsa de su esfera aspiren a satisfacerse. Para ello, como queda dicho, recurren a disfraces impenetrables, a deformaciones y desplazamientos ingeniosos, a substituciones originales, a simbolismos complicados y multiformes, que son los proyectores de una vida subterránea que semejante a esa de las profundidades del mar, se agita y se remueve incesantemente, sin que la superficie traicione el formidable dinamismo, las luchas y las colisiones que animan los procesos y mecanismos que viven de noches eternas, privados de luz y de sol, pero latentes y activos.

He dicho latentes. La noción de latencia ocupa dentro de la psicología y de la psicopatología freudeana un papel de primera importancia. Esta noción la vincula a una de las adquisiciones más sólidas de la biología contemporánea. Es que el concepto de latencia, como lo hacía resaltar mi Maestro VON MONAKOW, es una de las propiedades más características y más salientes de la fisiología del sistema nervioso. La riqueza de sus

postulados son esenciales para la comprensión del problema patológico, meta suprema de nuestros desvelos. Si se piensa, dicen VON MONAKOW y MOURGUE, que desde el nacimiento, nada de lo que concierne al instinto desaparece, podemos fácilmente calcular el volumen que adquiere en nosotros lo latente en comparación con lo actual. Lo latente de esos dos grandes pensadores y jefes de la neurobiología moderna, corresponde a lo latente reprimido de FREUD. Cuestión de entendimiento y de buena voluntad.

### EL DINAMISMO MENTAL

Podemos convencernos que la vida psíquica, según FREUD, es un sistema de fuerzas en efervescencia, en lucha continua; es un perpetuo acontecer de acciones y de reacciones, de elementos que se atraen y se repelen; de procesos que se entrecruzan y se chocan; de afectos que se modifican, se contrarían y se transforman. Todo en la psicología freudeana es movimiento y dinamismo; todo es vida que se agita y que se opone; nada es estable. Y este capítulo, para el cual REGIS y HESNARD han reservado con sumo acierto el nombre de psicodinamismo, constituye otra de las adquisiciones más originales y que lleva el timbre inconfundible de la expresión creadora del sabio vienés.

La actividad psíquica normal se caracteriza, para FREUD, por el equilibrio exacto y la repartición uniforme de la energía dinámica que anima y que mueve las tendencias instintivas que se hospedan en lo inconsciente. Esto equivale a expresar que las perturbaciones psíquicas, precisemos, las neurosis, serían el resultado de la ruptura de dicho equilibrio, que traería como consecuencia el derrumbe del funcionalismo armónico de la vida del espíritu.

El alcance de la noción de psicodinamismo es sencillamente enorme. No es sólo fuerza, no es sólo movimiento o energía. ¡Es mucho más! Es el substrato psicógeno, dinamógeno, de un gran número de afecciones neuropsiquiátricas, que establece irrefutablemente la observación y la experiencia. Y esta noción, como otras que ya hemos mencionado, son adquisiciones nuevas y originales dentro del marco dilatado de nuestra disciplina.

Esta aseveración no dejará de causar cierta extrañeza en algunos de mis oyentes. Es efectivo que CHARCOT admitía, como lo hemos visto, la influencia de la sugestión y de la autosugestión en la etiología de la histeria. Pero no tuvo nunca el absoluto convencimiento de un substrato exclusivamente psicógeno como lo concibió su discípulo FREUD. Su actitud vacilante se tra-

duce claramente en las frases que escribió en 1890 al prologar la tesis de ATANASIO: "En adelante, expresaba, la vía no presentará ningún obstáculo y es de esperar que el método anatomo-clínico, en lo que concierne a la histeria, conquistará un éxito más activo, cuando logre por fin descubrir *la alteración primordial, la causa anatómica*, de la cual conocemos por ahora sus múltiples efectos materiales".

De manera que para CHARCOT la histeria era una afección mental, con una esperanza, con un porvenir anatómico.

### FREUD Y JANET

Un mundo separa las doctrinas de FREUD de la mayor parte de los sistemas actualmente en voga y en especial de las de PIERRE JANET, que tiene dentro del psicoanálisis un rol que no carece de interés. El célebre Profesor del Colegio de Francia es un enemigo irreconciliable de FREUD, y cuando en ese país o en los de cultura latina, se combate las doctrinas del psiquiatra vienés, se piensa en JANET o a la JANET y, cuando el freudismo encierra algo de profundo o de verdadero, se atribuye a un precursor, que también es JANET.

Digámoslo inmediatamente: entre las teorías de JANET y las de FREUD existe un abismo infranqueable que puede definirse en términos precisos. Sin duda nadie pretenderá disputar a PIERRE JANET la prioridad científica del análisis psicológico y la noción de las ideas fijas inconscientes que desarrolla en su famosa obra sobre el *Automatismo mental*, que vió la luz en 1889. Es un dato histórico indiscutible. Veamos su concepción de las neurosis. El punto de partida de JANET, la condición obligada de todo estado psiconeurótico, es una debilidad congénita del organismo, detenido en su evolución vital. Esta debilidad afecta casi específicamente las organizaciones superiores, con respecto de las antiguas, y se traduce por una dificultad de adaptación al medio ambiente y por alteración más o menos profunda de la función de lo real, elemento conspicuo en la psicopatología del célebre profesor. La actividad psíquica del neurótico se despliega, en consecuencia, a baja tensión psicológica, resultado inmediato de un déficit congénito. Por ende, este mismo factor influye, en la operación de síntesis mental, considerada hoy por hoy como una ley inmutable de la vida psicológica, tanto consciente como inconsciente. El agotamiento o la limitación de la facultad de síntesis, posibilita la desagregación, la disociación mental, que a su vez determina la reducción del campo de la conciencia. Desde entonces sólo un número reducido de

fenómenos psicológicos serán integrados a la conciencia en una percepción personal. Lejos de ella vivirán otros elementos, otros sistemas psíquicos de imágenes o de movimientos, o bien productos substitutivos inferiores de operaciones elevadas — dudas, ideas obsesivas — según que se trate de la histeria o psicastenia, ambas expresión final de un factor categórico e irreductible, fatalista por ser congénito, que en la terminología de JANET se conoce con el nombre de *astenia psicológica o depresión mental*.

No es efectivo que la concepción de JANET sea esencialmente estática, error muy generalizado y que sostuve personalmente en uno de mis trabajos. Como dice HESNARD, “JANET, poco después de sus primeras hipótesis sobre el estrechamiento del campo mental, prolongó su noción de tensión psicológica y fué, en consecuencia, llevado a una concepción dinámica de las neurosis, muy semejante a la de FREUD. Actualmente para ambos autores, continúa HESNARD, la vida psicológica depende de hechos dinámicos, que ponen en juego la energía psíquica, el relajamiento de las tendencias, la economía del esfuerzo. Pero FREUD, para quien sólo la energía afectiva es energía psíquica, ve la psicología a través del doble principio *Placer-Realidad*. Mientras que JANET, que analiza la inteligencia propiamente dicha, y no concibe la afectividad bajo otro molde que el de los diversos elementos de la vida mental, interpreta la psicología desde fuera — a la moda de los behavioristas — en completa independencia de la conciencia subjetiva de los filósofos, *como un conjunto de fenómenos organizados jerárquicamente*. Lo que le interesa especialmente es el pensamiento considerado como una acción, como una conducta”.

Veamos ahora el neurograma de FREUD. La herencia, la predisposición, el terreno, unido a las influencias nocivas del ambiente, alteran la evolución normal de los instintos y en particular del instinto sexual, fácilmente vulnerable. Esta perturbación conduce a un estancamiento, a una *fijación* de la energía del instinto, o sea del *libido*, en una fase anterior de su desarrollo, que impedirá la confluencia armoniosa de todas las tendencias en un haz solidario. La fijación de la tendencia permanecerá reprimida automáticamente, latente y activa, hasta el momento en que una causa somática o psíquica o cualesquiera que sea su naturaleza, traiga consigo un debilitamiento o un desequilibrio nervioso. El relajamiento de los mecanismos de control, facilitará la proliferación violenta de la o de las tendencias reprimidas, que buscan imperiosas la descarga de su potencial de afecto. En términos psicoanalíticos diremos que el trauma ha traído consigo un retorno de lo reprimido, retorno que suscita paralelamente un nuevo esfuerzo de los mecanismos

represores de defensa. De esta manera se desencadena un *conflicto endopsíquico* entre la tendencia inconsciente, que aspira a su satisfacción, infantil y perversa, y el consciente, que se interpone a su deseos. Si la represión fracasa, asistiremos a la producción de un síntoma neurótico, incomprensible y discordante, producto de un compromiso que encierra elementos de las dos tendencias contradictorias, del inconsciente y del consciente, pudiendo predominar la primera o la segunda.

Como podemos convencernos, entre la etiología de las neurosis de JANET y la de FREUD existen oposiciones contundentes. Tomemos, por ejemplo, *la desagregación mental, que para el primero es el producto pasivo de una astenia psicológica primaria y congénita*. En el esquema de FREUD también existe una disociación mental, si se quiere, pero se trata aquí de un *elemento activo, que dimana del destierro del yo de una tendencia inaceptable para la conciencia moral; es el producto positivo de un mecanismo de represión, no un fenómeno de déficit*. En JANET todo cede ante el fatalismo de una condición hereditaria: la miseria psicológica limita la facultad de síntesis y la mente debilitada desagrega abúlicamente. No existe el elemento reactivo: en escala descendente los procesos asociativos superiores son substituídos por otros, situados en capas inferiores. En cambio en la etiología de las neurosis de FREUD, la idea directriz se polariza en el fecundo concepto de *conflicto psíquico*, en mecanismos activos y potentes, de los cuales está excluído *a priori* un factor de déficit.

## EL CONFLICTO PSIQUICO

El concepto de conflicto es una adquisición científica definitiva, la práctica cotidiana lo demuestra inexorable. ¿Qué es el conflicto, cuál es su significación? No es otra cosa que la historia evolutiva individual resumida en forma simbólica y profundamente condensada en un síntoma neurótico. De orden psíquico, derivado o convertido en el soma, el síntoma neurótico nos relata en lenguaje arcaico y primitivo, las peripecias, las impresiones, los deseos, las aspiraciones y las tendencias instintivas de la vida infantil, procesos o pulsiones que germinaron favorecidos por un ambiente defectuoso y que se estructuraron en un suelo preparado por la herencia. El síntoma neurótico es un presente que se explica en función del pasado. El presente es el yo adulto, el yo inteligente y espiritual, el yo moral; el pasado es la tendencia inconsciente, perversa y primitiva, latente y reprimida, en perpetua instancia de realización.

Las ideas de JANET y FREUD plantean otro problema de interés palpitante, que desborda por sus alcances las mezquinas rencillas de escuela. Hemos visto que para JANET el punto nodal de toda perturbación psicasténica *es un déficit*, que este provenga de la herencia o de cualquier causa somática. La explicación psicológica carece para JANET de importancia. Para él, lo fundamental es el mecanismo psicofisiológico de la psicastenia o de la histeria, no su significado en cuanto producto mental.

¿Cuáles son las proyecciones prácticas de esta actitud? Expresándonos en el propio lenguaje de JANET diremos: la infelicidad, la astenia, la reducción del campo terapéutico; la miseria, la condenación del enfermo. En otros términos, *una etiología negativa, de déficit, no puede condicionar en neuropsiquiatría sino procedimientos negativos de curación.*

En cambio, el momento insuperable de conflicto psíquico introducido por FREUD, resultado de un fracaso de la represión, permite, o pone de actualidad una terapéutica eficaz y causal, que colabore a la solución de las luchas y oposiciones transportando los elementos conscientes allí donde sólo reinaba una feroz anarquía subterránea. La neurosis, según JANET, sería la lógica consecuencia de factores irreductibles e irreversibles; para FREUD es una reacción de defensa, que, proyectada en el terreno material, equivale al proceso reactivo de la inflamación. En esa reacción radica, principalmente, uno de los elementos esenciales que nos hace abrigar las más sólidas esperanzas de su curación. Para la humanidad doliente, JANET esgrime la guadaña de la muerte; FREUD, la antorcha de la esperanza. Y esto, que ya es mucho, nos hace comprender la resonancia que han tenido las doctrinas del sabio vienés en un núcleo considerable del ámbito científico del mundo entero, en el gran público y en las legiones de los desvalidos del espíritu. Y esto mismo nos explica por qué el psicoanálisis ha podido resistir las violentas agresiones de una lucha encarnizada. A más de la solidez científica de sus adquisiciones y de su método, el psicoanálisis trajo un alivio para la humanidad, un bálsamo curativo para uno de sus dolores más punzantes, de sus llagas más profundas. Antes de FREUD estas heridas sangraban sin cesar y sólo la muerte era su hemostático obligado. Con FREUD el neurótico respira: disminuye en él la repercusión psíquica del pesado fardo hereditario y reconoce que los males tienen sus motivos en una evolución instintiva desfavorable, que corregida, lo hace apto para disfrutar de una vida que en otra época fué un calvario para sus compañeros de desventuras y miserias. Preciso es reconocer que FREUD bien ha merecido el reconocimiento por parte de la humanidad.

Dos palabras todavía antes de cerrar estas breves nociones sobre el psicodinamismo. Aunque la crítica hostil pretenda que FREUD no considere ni el factor somático ni la herencia, como hemos visto, al contrario, les asigna el papel que les corresponde, pero desligados de las exageraciones de antaño. Hecha esta salvedad, el Gran Maestro estima *que el momento psicológico es el valor primordial y excelso* y, cuatro lustros de práctica psicoterápica intensa y continua me autorizan a tomar posición dentro del debatido problema y aceptar en su totalidad sus puntos de vista psicopatológicos.

### LOS INSTINTOS. LA SEXUALIDAD

En el curso de nuestra relación hemos aludido en varias ocasiones a las tendencias instintivas, al instinto primitivo. Es que en realidad la noción y el contenido de lo inconsciente se encuentra estrechamente asociado a la idea de los instintos primarios y en particular al instinto sexual. Es este un punto delicado de la doctrina y de difícil exposición. Es él el que atrajo a FREUD enemistades irreconciliables e incompreensiones injustas y malévolas. Pero en esta lucha tenaz que se libra en función de la moral, lo que resalta a primera vista es la falta de imparcialidad, de amplitud de criterio y la ausencia de experiencia y del modo de pensar científicos.

Porque comprendemos muy difícilmente en qué puede el psicoanálisis lesionar la moral más recalcitrante o la virtud más austera. Calificar de inmoral la doctrina de FREUD equivale a declarar inmoral la vida misma. Y si no se me admite este postulado, que es efectivo, al menos que se me conceda que equivaldría a declarar inmorales a todos los neuróticos. Hablo en nombre de la experiencia y me refiero a la parte estrictamente médica de la doctrina. Médico y psicólogo, notó FREUD en sus enfermos la frecuencia de las perturbaciones de la esfera instintiva, de la esfera sexual, observación que antes que él ya había sido registrada por un sinnúmero de psiquiatras. Inútil es insistir que la mayoría de ellos sólo se había concretado a trazar cuadros y descripciones detalladas e interesantes, pero sin un ensayo de interpretación, sin insinuar la más leve hipótesis de la causalidad somática. Lo que bien pensado podría compararse con la publicación de un boletín metereológico que se limita a consignar la dirección y recorrido de los vientos, la densidad del aire y el estado del cielo.

Todos los que nos hemos entregado al estudio profundo y la práctica severa del método de FREUD, hemos podido verificar

uno a uno los mecanismos puestos a luz por él. Y es un hecho incontrovertible que, en la base de la mayor parte de las neurosis, radica una falsa evolución del instinto sexual, que infaliblemente hunde sus raíces en la infancia más remota.

Antes de FREUD, se admitía corrientemente que la vida sexual y las preocupaciones a ella inherentes, se iniciaban con la pubertad y que coincidían con la madurez de las glándulas genitales y la penetración en la economía del producto de su secreción interna. Si bien es cierto que existían observaciones numerosas de niños que habían exteriorizado una precoz evolución sexual, se les consideraba en general como hechos aislados y para su esclarecimiento se recurría a ese común denominador, del que ya hemos hablado en tantas ocasiones, que se presta maravillosamente para detener todas las investigaciones, para paralizar las más legítimas curiosidades del espíritu: la herencia.

FREUD cambia el rumbo de la investigación y modifica primeramente el significado de una terminología que se presta a toda suerte de confusiones y que se halla desvinculada de los hechos que pretende explicar. Se ajusta en seguida a una metodología impecable, que satisface a todas las exigencias biológicas de la investigación contemporánea.

Una primera cuestión de importancia que nos incumbe, es el esclarecimiento de la noción de instinto. Vulgarmente es una inclinación, etimológicamente un impulso, una propensión. Psicólogos y biólogos lo definen diferentemente. Unos analizan su aspecto motor, objetivo, el comportamiento, y lo interpretan en función de automatismos hereditarios. Tal es la definición de HERING, para quien el instinto "es la memoria hereditaria de la especie". Tales las definiciones de BLEULER y JAMES, para quienes el instinto "es la facultad de realizar ciertos actos en vista de fines determinados, sin previsión de estos fines y sin educación previa de aquellos actos". MCDUGALL y DES BANCELS definen el instinto desde el punto de vista subjetivo, estableciendo un estrecho enlace entre la emoción y el instinto.

Ni la emoción, ni los automatismos hereditarios, juegan para FREUD un rol apreciable. Para él el "instinto es un excitante interno continuo, cuya significación es vastísima y comprende el conjunto de actos psíquicos necesarios a la realización de una función fisiológica". La definición de FREUD es por lo tanto objetiva-subjetiva. Ella se completa muy felizmente con la propuesta por VON MONAKOW y MOURGUE, que responde a todos los desiderata. "En un ser provisto de sistema nervioso, dicen esos autores, el instinto puede ser definido como una fuerza propulsiva, latente, que realiza la síntesis de las excitaciones internas del protoplasma — interoceptividad — con las excitaciones que

actúan desde el exterior — exteroceptividad — en vista de un proceso que asegure, gracias a la colaboración de actos adaptados, los intereses vitales del individuo y los de la especie". Esta definición se ajusta a una morfología viviente, contempla el punto de vista subjetivo-objetivo; subraya asimismo el punto de vista fisiológico y por sobre todo el *factor tiempo* que es indispensable considerar si se atiende a que la experiencia adquirida varía sin cesar.

La concepción biológica del instinto exige una comprensión mucho más amplia y hace posible la diferencia establecida por FREUD entre lo sexual y lo genital. Esto último es una reducida fracción de lo sexual y se relaciona principalmente con la función procreadora. Lo genital se integra con una serie de sensaciones y emociones calificadas de específicamente sexuales y que tienen por misión la de desencadenar el proceso genital. Entre lo sexual y lo genital existe, por lo tanto, una relación de causa a efecto.

Lo sexual, en cambio, es infinitamente más vasto. La sexualidad comprende los elementos afectivos, las emociones y los sentimientos sexuales altamente evolucionados, finamente diferenciados. Es lo espiritual del amor, lo psíquico de la procreación. VON MONAKOW, nos hablaría, ciñéndose a la morfología del sistema nervioso central, de una representación psíquica o cortical de la esfera de la sexualidad, en relación funcional recíproca con la genitalidad periférica.

Como lo hemos anotado anteriormente en varias ocasiones, la inagotable curiosidad del sabio vienés se sintió estimulada por la frecuencia insólita de la perturbación de la esfera sexual, que observaba en las neurosis y especialmente en la histeria. Tratábase, en general, de incidencias, de peripecias, de traumas, de impresiones o bien, simplemente, de teorías intensamente vividas, en las primeras fases del desarrollo. En la neurosis de obsesión y en la histeria este motivo o circunstancia de naturaleza sexual era común y corriente. Y este orden de fenómenos sugirió a FREUD la idea de la participación preponderante del instinto sexual en el estallido de los procesos neuróticos y más tarde, exagerando él y sus discípulos, pero sobre todo estos últimos, la actividad y el radio de acción del mismo instinto, lo elevó al rango de fuente primordial de gran parte de la energía psíquica.

Pero manteniéndonos estrictamente dentro del marco científico de los hechos, que es la actitud que hemos guardado escrupulosamente en el curso de esta exposición, diremos que en materia de neurosis, y de psicosis, la conducta de FREUD ha sido invariablemente objetiva. Fueron sus enfermos los que le hicie-

ron concebir la idea directriz de sus investigaciones, al comunicarle en forma velada y envuelta en mil disfraces, el origen de sus males; fueron ellos, los que inscribieron en sus historiales clínicos las razones etiológicas de su mutilación espiritual. FREUD interpretó el material espontáneamente suministrado, en virtud de una técnica especial y en función de un detenimiento del desarrollo de la sexualidad, motivo que se pone de manifiesto en la mayor parte de los enfermos analizados. FREUD no es hoy día el único analista; y si la neurosis freudiana fuera una entidad vista a través de su mente, el mismo derecho cabría a los que emplean su técnica de verla a través de la suya, es decir, de proceder subjetivamente y poblar el mundo de tantas teorías como médicos psicoanalistas. La histeria, las psico-neurosis en general, en su variedad infinita, proteiformes por excelencia, se prestan cierta y maravillosamente a toda suerte de especulaciones. Pero, hay un hecho; es que la estructura clínico-psicopatológica de estas afecciones se rige por ciertos mecanismos, por ciertas leyes, por particularidades definidas, que las hacen susceptibles al análisis y a la interpretación propuesta por FREUD. La práctica diaria, índice supremo, lo establece sólida y científicamente.

La frecuencia de los disturbios de este orden indujo, pues, a FREUD a trazar la historia del instinto sexual. La senda seguida fué la de una técnica rigurosa. Pero la crítica, que no siempre es imparcial y verídica, desconoce, ignora o niega el valor científico a esta disciplina, y atribuye a las teorías de FREUD un título meramente especulativo.

El valor de las adquisiciones científicas modernas es cuestión de seriedad metodológica. Este hecho es innegable cuando se trata de los complejos problemas de la disciplina neuropsiquiátrica. Lo es infinitamente más cuando se aborda un problema psicológico. *Amplitud de criterio, imparcialidad intelectual y científica, rigor y pluralidad metodológica, constituyen la actitud fundamental del hombre que enfrenta los problemas de la vida.* Todo el fondo y la autoridad que se desprende de la obra de VON MONAKOW, descansa en la disciplina firme y robusta de su trabajo científico. Otro tanto sucede con la de FREUD. Los métodos genético, comparativo, normal y patológico, colaboran en el esqueleto arquitectónico de la psicopatología analítica y de la neurobiología de VON MONAKOW.

Veremos luego que de la unidad de método derivó una uniformidad de pensamiento, una identidad de leyes y conclusiones que establecen un estrecho paralelismo entre lo orgánico y lo funcional. FREUD y VON MONAKOW vivieron, puede decirse, como Caín y Abel. Los dos grandes genios de nuestros días ja-

más se comprendieron. Y sin embargo, las dos célebres doctrinas genéticas y dinámicas del siglo presente parecen fecundadas por un mismo espíritu, obra de un mismo cerebro, tanta es su semejanza.

FREUD penetró primero profundamente en la vida sexual infantil y, en segundo término, investigó las aberraciones sexuales. Distinguió las desviaciones relacionadas *con el objeto*, o sea, la inversión, la pedofilia, la bestialidad, la necrofilia y las que derivan de una perversión de *la finalidad sexual*. Entre estas últimas, algunas se operan por *transgresión anatómica* o por *fijación* en ciertas etapas evolutivas intermedias; otras, en cambio, por la *transformación* de un fin sexual provisorio en una finalidad definitiva. Por último, se adentró en el estudio de la vida sexual del adulto y del neurótico, y este haz sólido de hechos, basados en la génesis, en las aberraciones y en la patología del instinto, lo llevó a formular una ley fundamental en neuropsiquiatría. Tanto en las neurosis como en las psicosis y en las psicopatías sexuales, dice FREUD, existe una regresión psicosexual hacia una etapa primitiva de la evolución, hacia un infantilismo abandonado, regresión que puede producirse por causas muy complejas, entre las que se destacan por su importancia los primeros acontecimientos, choques o traumas de la vida ambiental de la pequeña infancia. Entre las aberraciones sexuales y las neurosis existe una diferencia crucial: las neurosis son el negativo de la perversión.

En otros términos, la comprensión del dato patológico exige el conocimiento claro de la *historia* del proceso evolutivo del instinto sexual. Que se trate de psiconeurosis, de psicosis o de anomalía sexual, el mecanismo es el mismo; el instinto se ha detenido, se ha fijado, en una etapa ontogenética primitiva de su desarrollo.

El estudio de la historia de la vida sexual adulta, de las aberraciones y sobre todo de la vida sexual infantil, permitió establecer un hecho conforme con las leyes biológicas. El instinto sexual, lejos de iniciarse en la pubertad, existe potente y ramificado desde los primeros años de la vida. Esta adquisición, que inicialmente rebeló los ánimos contra FREUD, se acepta hoy en día sin dificultad y con justa razón se dice, que es más difícil negarla que admitirla. Por otra parte, FREUD descubrió que la evolución del instinto se realiza desde el nacimiento lenta o ásperamente, según un programa predeterminado, pasando por una serie de tendencias parciales, en etapas sucesivas; ruta complicada que llega a la madurez, integrando en un todo armónico, que polariza, cuando su desarrollo se verifica sin tropiezos,

los diversos eslabones o fases evolutivas. Las diferentes etapas de esta escala genética son artificialmente separables entre sí.

Para FREUD, por consiguiente, es una desviación evolutiva del instinto sexual la raíz tanto de la psicopatía sexual, cuanto de la psiconeurosis y la psicosis. Todo depende de la carga afectiva, de la fijación, del detenimiento o del grado de exaltación de una etapa del desarrollo. Miles de investigaciones, miles de observaciones sinceras e imparciales aunan y apoyan estas afirmaciones.

### FREUD Y VON MONAKOW

Entre las ideas de FREUD y las de VON MONAKOW, entre las hipótesis de mis dos venerados e ilustres Maestros, habíamos establecido una extraordinaria similitud: vale decir entre los principios y las leyes que rigen la neuro como la psicopatología.

Hemos expuesto las teorías de FREUD; ahora escuchemos el lenguaje de VON MONAKOW. Para él la comprensión del fenómeno patológico exige también el claro conocimiento de la *biografía de la función*, es decir, *del proceso que la integra, la sintetiza y la unifica*. En la organización de la función deben subrayarse una serie de procesos fundamentales:

1.º *El factor tiempo* o sea el desarrollo de la función a través de la vida, a partir de las primeras etapas de la existencia embrionaria;

2.º La transición de una etapa evolutiva en otra, envuelve diferencias cuantitativas al mismo tiempo que constituye *el paso de un orden de valores biológicos a otro orden*;

3.º La integración de una función se verifica según una ley general en biología: *la del desarrollo fragmentado, "en briques", por etapas sucesivas*, etapas que *siempre* están presentes, pero al estado de latencia.

La exégesis de la afasia, de la agnosia, de la apraxia sólo es posible, según VON MONAKOW, *a través de la historia, a través del proceso que integra la función, a través de la síntesis final del lenguaje, de la visión o del movimiento*. Porque la desintegración que desencadena una alteración del eje cerebroespinal, cualesquiera que sea su causa, no es otra cosa que la *ruptura* de la organización armónica y solidaria de una función. La desintegración debe por lo tanto interpretarse como un proceso regresivo, hacia elementos ontogénicos remotos. Empero, esta regresión no es nunca pura; junto con ella se produce una reintegración lacunar, defectuosa, que reviste el carácter de un

conjunto de piezas diferentes, anacrónico, que impide el desenvolvimiento rítmico de la función alterada.

El espíritu de HUGLINGS JACKSON, resucitado de un olvido increíble por HEAD en 1914, sobrevive y parece servir de hilo conductor del pensamiento de VON MONAKOW y FREUD. El ilustre inglés sostuvo en otro tiempo que la disolución de una función no es otra cosa que el paso de un nivel superior a uno inferior del desarrollo, proceso que se acompaña de la pérdida de la inhibición que el nivel superior ejerce sobre el inferior. De esta manera la enfermedad ofrece dos aspectos: uno negativo, el nivel atacado; otro positivo, la liberación del mecanismo inhibitor.

Los principios que descubren separadamente VON MONAKOW y FREUD, se dijera, se han inspirado en la clara visión de la obra que ambos ignoraban del sabio inglés. Para ellos, como para JACKSON, la enfermedad jamás es creadora. Que se trate de fenómenos somáticos o psíquicos, es siempre destructora. La disolución de JACKSON, la desintegración de VON MONAKOW, la regresión de FREUD son tres términos que traducen el mismo proceso, es decir, el aspecto *positivo* de la enfermedad. Así, por ejemplo, los fenómenos que se observa en la hemiplejía no son en modo alguno una creación *ex nihilo*, por el contrario, representan viejos mecanismos, son antiguos vínculos que reviven, favorecidos por la desintegración; son etapas primitivas que datan de la época embrionaria o fetal, son eslabones que integran la historia de la locomoción.

El mecanismo etiológico en las perversiones sexuales, en las neurosis y en algunas formas de psicosis, también descansa, como lo hemos dejado establecido, en un soporte similar, *genético, histórico, dinámica*. Así, pues, se verifica siempre una *desintegración, una regresión* a períodos menos evolucionados de los instintos, de las tendencias primitivas, del lenguaje o del movimiento. Lo que existe de positivo en la enfermedad es el mecanismo latente, el valor evolutivo de una etapa remota, *pre-existente* a la lesión, fase que en otra época fué traspasada y a la cual vuelven organizaciones superiores que por causas múltiples y, en el orden psíquico, no dispusieron de libertad suficiente para adaptarse a las condiciones requeridas por el ambiente o por el medio social.

## TEORIA DE LOS COMPLEJOS

La historia de la sexualidad infantil es, según FREUD, la historia de la formación de las tendencias y de las aspiraciones

que tienen por finalidad la búsqueda de un placer específico. En un trabajo de esta índole, penetrar en todas las complejidades y laberintos de la doctrina es poco menos que imposible. Por este motivo nos contentaremos con decir que el niño atraviesa en el curso de la evolución por dos períodos esenciales: el primero es conocido con el nombre de auto-erótico, en el cual el niño es sujeto y objeto a la vez, es decir, que se satisface en sí y por sí; el segundo se extiende aproximadamente entre el tercer y el quinto año de la vida. En él aparecen las primeras manifestaciones de la vida hétero-erótica, bosquejo caricatural de lo que será más tarde la vida sexual del adulto. El paso de la etapa auto-erótica a la hétero-erótica supone la destrucción más o menos completa de la primera. A esta segunda fase del desarrollo corresponde el célebre complejo de Edipo, que desencadenó contra FREUD la furia humana, tal vez por la incontestable veracidad de su descubrimiento. Por su importancia, por sus ramificaciones, su historia y su enorme diversidad, este complejo es considerado como el nódulo central de toda afección psico-neurótica.

¿Qué es un complejo en sentido freudiano? Precisemos ante todo el significado muy amplio del vocablo complejo, cuyo empleo se oye hoy a todas horas del día en el tráfico callejero y en la sociedad.

Hemos dejado anteriormente apuntado que para FREUD toda la energía afectiva, energía psíquica y también, según él, toda la psicología se rige por el doble principio Placer-Realidad. Para él la afectividad constituye la base de la vida del espíritu. En las doctrinas freudianas, la noción de afecto, concepto exclusivamente cuantitativo, juega, pues, un rol de primera importancia.

La vida afectiva se desenvuelve dentro de una fórmula estrecha y bipolar: busca el placer y evita el dolor. Las fuerzas elementales de los instintos, dicen VON MONAKOW y MOURGUE, que son semejantes en toda la escala animal, se caracterizan por la tendencia a unirse con los objetos del mundo externo o sea la *klisis*, y por la tendencia contraria: la separación o el alejamiento del estado nocivo, o sea la *ekklisis*. Y más adelante agregan, que toda la existencia no es otra cosa que una perpetua colisión de los instintos, fenómeno que ocupa un sitio conspicuo en lo patología mental. Esta colisión se resume en un conjunto de acciones y de reacciones entre los intereses del presente y los objetivos del futuro. El acuerdo con FREUD es evidente, repetiremos que es cuestión de entendimiento y de terminología.

Elementos negativos y positivos, acciones y reacciones, *klisis* y *ekklisis*, atracción y repulsión, pueden agruparse en tor-

no de una tendencia, cuyo valor psíquico es la afectividad que la integra. La tendencia impulsa siempre a la acción, liberándose de esta manera de la carga afectiva que lleva consigo. El acto es naturalmente la resultante de esta descarga. Cada tendencia, dice JANET, que en este punto coincide con FREUD, parece ser el depósito de una cierta cantidad de fuerza en relación con la complejidad o la importancia del acto que determina. Pero, en último término, la tendencia no es más que un elemento de un conjunto infinitamente complicado, al cual la Escuela de BLEULER reservó el nombre de *complejo*.

El complejo es el receptáculo, es el acumulador por excelencia de una cantidad de energía afectiva mantenida en potencia y en vía inmediata y perenne de transformación. Un complejo, en sentido freudiano estricto, es una agrupación, una amalgama de impresiones sensoriales, secuelas de representaciones o de grupos de representaciones psíquicas, de imágenes, de recuerdos, de cosas, de situaciones, de reminiscencias, de actitudes intelectuales o motrices, elementos a los cuales se enlaza, les da realce y vida un montante a veces formidable de afecto.

En la vida de un complejo todo es, por lo tanto, cuestión de cantidad, de potencial de energía, no de calidad. Los complejos, que, como el de Edipo, derivan de la infancia son los más efectivos y por el mismo motivo se les reprime con mayor violencia. La energía afectiva, que sin cesar renueva y fertiliza las tendencias del complejo, aumenta su tensión y busca imperiosamente un derivativo, una válvula de escape o su acceso a la motilidad. De esta manera, los complejos actúan incesante e ininterrumpidamente sobre el juego y la dirección de la actividad psíquica. Como el contenido del complejo es invariable, la reacción consciente se plasmará en el molde de una modalidad específica.

Mientras más profundo y disimulado en lo inconsciente se encuentre un complejo, tanto más eficaz será su influencia sobre el pensamiento y la actividad cerebral. La naturaleza o contenido de estos núcleos afectivos es primitivamente sexual, pero las deformaciones o disfraces experimentados en el curso del desarrollo los hace aparecer irreconocibles y tan maravillosamente transformados, que su interpretación correcta choca muchas veces al espíritu mejor dispuesto.

La noción de complejo, comprendido como un haz de tendencias dinámicas por excelencia, como un conjunto de sentimientos ligados a un sujeto o a un objeto o a situaciones dadas, es una de las adquisiciones más sólidas de las doctrinas psicoanalíticas. Podríamos decir que el complejo es una unidad, es el átomo fundamental de las enseñanzas de FREUD. Su número es

variable; sus épocas o recientes o muy remotas, su contenido intrínseco desafía toda descripción. Actúan como entidades autónomas e independientes, o bien unidos entre sí, según el estímulo externo o la vivencia interna que desencadene su actividad. Agreguemos, por último, que a los complejos inconscientes corresponde, como formación compensadora o reactiva, una agrupación consciente distinta u opuesta, que se adapta a la realidad. Entre ambos planos, hemos dicho, existe una colisión, un conflicto, un compromiso, cuya resultante puede ser un síntoma neurótico.

La esencia de los complejos es primitivamente sexual y sus tendencias, añadimos, se encuentran ligadas a un objeto o grupo de objetos o bien al sujeto mismo. Esta afirmación exige un esclarecimiento que va unido a la evolución misma del complejo. Trazar su biografía es historiar la génesis, el origen del *libido*.

El *libido* es por definición la suma de tendencias de la vida sexual, o bien, la energía potencial del instinto o de las tendencias que de él derivan por transferencia o por sublimación. El *libido*, dice FREUD, es un término de la teoría de los instintos destinado a designar la manifestación dinámica de la sexualidad. El destino del *libido* sigue paralelamente el desarrollo eslabonado del instinto sexual. El *libido* será primeramente autoerótico, después narcisista y por último hétero-erótico. En otros términos, el *libido* es subjetivo en sus primeras fases: es *libido* del yo. Más tarde se desprende del sujeto y se desplaza a un objeto: es el *libido* objetivo. Un *libido* objetivado puede retrotraerse, volver al yo; retornar a sus primeras posiciones o sea al auto-erotismo infantil; o bien al narcisismo más psíquicamente evolucionado. Esta última regresión es clásica en la paranoia y en algunas formas de la demencia precoz.

El *libido* en su evolución está expuesto a peligros constantes e inmediatos, derivados en gran parte de la acción del medio ambiente. El mayor de ellos consiste en la *fijación* en una de sus etapas genéticas. La *fijación* conduce a un estancamiento que obstaculizará en forma definitiva la organización solidaria de todas las tendencias parciales del instinto en un conjunto integral. Este déficit evolutivo se hará sentir en el curso del desenvolvimiento del individuo y cuando desfavorables condiciones externas desencadenen el proceso neurótico, la regresión del instinto se realizará hasta la *fijación* primitiva, es decir, hasta aquel eslabón que mantiene vivo, latente e invariable su potencial de afecto. La regresión, por consiguiente, oscila dentro de los límites evolutivos del *libido*, y cuando dicho proceso entra en juego, se detiene en el nivel de *fijación* o estancamiento primitivo y enérgico del instinto sexual.

La mayor parte de estas nociones, por no decir todas, se comprueban sin dificultad en la práctica cotidiana. Por lo demás, hemos visto que muchos de los postulados que exponemos son asimismo datos adquiridos en nuestra disciplina, mediante otros métodos, investigaciones o procedimientos.

### DEFICIENCIAS Y DEMASIAS DEL FREUDISMO

Con la teoría del libido ha ocurrido lo que en bacteriología con el paso sucesivo de un virus a través de una serie de animales. El tóxico aumenta entonces proporcionalmente su virulencia. El libido a través de los años, de FREUD, de JUNG, pero por sobre todo de los discípulos ha concluido por libidinizar al mundo entero. Y en esta generalización a ultranza, las escuelas analistas no han hecho otra cosa que plasmarse en el espíritu de la época, en su búsqueda infinita de placer, groseramente hedónico, positivista y utilitarista. La noción de libido, como el cáncer, extendió sus pseudópodos en todas direcciones y captó para sí, en un movimiento último y grotesco de egocentrismo, la mayor parte de las manifestaciones superiores del psiquismo. El libido pasó a ser de esta manera una razón vital filosófica, una causa primera; un ímpetu vital por excelencia, el eje de la vida; el motor supremo de toda chispa o llamarada espiritual. La energía libidinosa desplazándose a través de múltiples transferencias, peregrinando, ocultándose o disfrazándose en substitutos y subrogantes infinitos, partiendo de su fuente primitiva y remota, llega por fin a cobijarse, a sublimarse en niveles y jerarquías elevadas. Y así el libido, se desliza y se confunde, participa y actúa ignorado en nuestros sentimientos más nobles, en nuestros ideales más sublimes y en nuestra más pura actividad intelectual. La creación artística, por ejemplo, no sería otra cosa que el producto sublimado de una gran cantidad de libido, de excitaciones o estímulos sexuales, de emociones específicas, que encuentran su expresión en ese motivo y movimiento sublime que es el arte.

*Sin duda, en todo esto hay mucho de verdad, mucho de real y verdadero. Sólo el exclusivismo es erróneo.* La vida instintiva forma parte de un conjunto, de una totalidad, de una unidad psicobiológica, que es el yo, pero no es ni ese conjunto, ni esa totalidad. ¡Hay un mundo más allá! La doctrina freudeana puede diseccionar los integrantes, los estímulos de la producción artística, si se quiere, pero no explica lo esencial, el motivo espiritual supremo y soberano, que es en suma el arte en sí mismo.

Cabe otra interrogación de interés palpitante: ¿Qué papel juega el yo ante el imperialismo del libido? El yo es un oscuro capítulo de las doctrinas analíticas. En un momento el yo es un derivado del ello, del inconsciente, que luego se torna contra el ser que le dió la vida. En otros es el mismo yo, que sin saber, traduce en actos los deseos y voluntades del ello. La claridad de FREUD se entorpece en contacto de los niveles superiores. La naturaleza del yo, más exacto, su existencia tangible se capta difícilmente cuando FREUD postula que no sólo el psiquismo reprimido permanece alejado de la conciencia, sino que gran parte de las tendencias que dependen del yo sufren igual destino; cuando afirma que mucho de lo que pertenece al yo puede ser asimismo inconsciente; cuando sostiene que una parte del yo, y sabe Dios qué parte importante, puede ser y es seguramente inconsciente, y cuando establece que no sólo lo que el yo encierra de más profundo sino también de más elevado, puede ser inconsciente.

De esta manera, para FREUD, todo valor espiritual, moral o estético es ascendente, producto de represiones de tendencias libidinosas, de identificaciones inconscientes y que adoptan en el yo una forma *superideal*.

Es que en FREUD el interés causal y el realismo son dos actitudes sistemáticas que muchas veces lo llevan y, muy a pesar suyo, a un determinismo contradictorio. Es esta misma actitud intransigente la que ha provocado y provoca hoy tal vez más que ayer, vivas protestas y reticencias; es ella la que ha llevado, en ciertos círculos por lo menos, el descrédito a una teoría que encierra mucho de grande, de genial y de exacto, pero también de exagerado en su aspecto metapsicológico.

De positivo: la teoría dinámica del inconsciente con todos sus mecanismos arcaicos de expresión: desplazamiento, desfiguración, simbolismo, condensación, etc., la noción de represión, el método de exploración psicoanalítico, la evolución de los instintos y su participación en la vida del espíritu; el problema de las neurosis, de las psicosis, y sus mecanismos de producción, y por sobre todo la teoría y técnica de interpretación de los sueños.

De negativo: la falta de una síntesis final, la concepción vacilante del yo y de la conciencia.

---